

NOTAS E INFORMES

La "Tesis sobre la Religión, la Iglesia y los Creyentes" del I Congreso del Partido Comunista de Cuba

En diciembre de 1975 el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba aprobó un conjunto de Tesis y Resoluciones entre las cuales se cuenta la *Tesis sobre la religión, la Iglesia y los creyentes*¹. Este documento interesa particularmente a los católicos latinoamericanos, ya que en él se encuentran expuestos los principios teóricos del marxismo-leninismo sobre la religión, los criterios empleados por el Partido Comunista cubano para resolver la cuestión religiosa en Cuba, y la estrategia propugnada a nivel continental para establecer una alianza entre comunistas y cristianos revolucionarios. El presente trabajo se propone analizar el contenido de esta *Tesis* desde una perspectiva cristiana con el fin de discernir críticamente el pensamiento y la acción de uno de los movimientos ideológicos más poderosos de nuestro tiempo.

I. Los principios

Desde el punto de vista teórico la *Tesis* no presenta mayores innovaciones. Se limita, en efecto, a exponer los "sólidos principios largamente defendidos por Marx, Engels y Lenin" (I,6)². Se parte de la base que "la religión es una de las formas de la conciencia social y como tal, un reflejo en la conciencia del hombre, de la realidad exterior. Su origen es terrenal y no celestial. Su particularidad, respecto de las demás formas de la conciencia radica en que por su esencia constituye un reflejo fantástico, tergiversado, falso de dicha realidad que está determinado fundamentalmente por las condiciones de vida material de los hombres" (I,7). Después de un siglo no sólo se sigue sosteniendo dogmáticamente la teoría de que la conciencia es un reflejo de la realidad exterior, sino que la religión, esencialmente, es un reflejo fantástico, tergiversado y falso. No se trata de afirmar que hay creencias religiosas que pueden contener elementos fantásticos o falsos, sino de que toda religión es intrínsecamente falsa. Es lógico, entonces, que se concluya que "ciencia y religión se oponen inconciliablemente. Como se oponen el materialismo y el idealismo" (III,28), y que el Partido sostenga "el criterio martiano de que 'las religiones todas son iguales; puestas una sobre la otra no se llevan ni un codo ni una punta'" (X,93).

¹ Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. *Tesis y Resoluciones*. Ed. por el Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1976, 675 p.

² La *Tesis sobre la religión, la Iglesia y los creyentes* está dividida en once capítulos. A fin de poder cotejar más fácilmente las citas hemos numerado cada párrafo. Así, los números romanos hacen referencia al capítulo, y los números árabes a los párrafos.

Esta visión ingenuamente positivista de la religión se combina con el optimismo progresista de Marx cuando se aborda el tema de la perdurabilidad de la religión. En efecto, "la religión... no existió siempre, sino que surgió en cierta fase del desarrollo de la sociedad y habrá de extinguirse inexorablemente en el futuro - como escribió Marx en *El Capital* - las condiciones de vida diaria, laboriosa y activa, representen para los hombres relaciones claras y racionales entre sí y respecto a la naturaleza" (I,8). La religión es un fenómeno contingente y derivado, no constitutivo del hombre. Detectada su causa - "los llamados poderes sobrenaturales no son otra cosa que la explicación, en la mente del religioso, de los fenómenos de la naturaleza y las fuerzas opresivas de las clases explotadoras" (I,9) - se la podrá suprimir si se modifican las condiciones de la realidad que la hacen posible.

Estas condiciones son de dos órdenes. Por un lado es claro para "la concepción marxista (que) es poco menos que ilusorio pretender superar la religión sin arrancar sus raíces sociales, sin transformar el mundo que refleja" (I,11). La religión no es un fenómeno autónomo, "algo independiente o por encima de la sociedad" (I,8). Su papel social "está dado por su contenido conservador", ya que su prédica hace "de ella propicio elemento ideológico para las clases dominantes en las sociedades de explotación (I,9). Puede influir pero no "decidir el desarrollo histórico social cuya fuerza motriz es la lucha de clases" (I,10). Por el otro lado, "nacida inicialmente de la ignorancia y de la impotencia del hombre ante las fuerzas ciegas de la naturaleza" (I,16), la religión sólo puede sobrevivir en tanto se mantenga a las masas en la ignorancia de la explicación científica de los fenómenos sociales y naturales. Por eso "la práctica revolucionaria social y la difusión de la verdad científica libera al hombre material y espiritualmente" (XI,97).

Estas dos actividades no se sitúan, sin embargo, en un mismo plano, y ello tanto por razones de índole teórica como estratégica. Hemos visto ya que la religión está determinada fundamentalmente por las condiciones de vida material de los hombres, lo cual implica que "al surgir la división de la sociedad en clases, su principal sostén y base de su desarrollo son las condiciones sociales" (II,16). Cambiar estas condiciones sociales es destruir el cimiento sobre el que se construye la superestructura religiosa, liberando de este modo al hombre para que pueda acceder a la forma superior de conocimiento que es la ciencia. La liberación material tiene preeminencia sobre la liberación espiritual porque cuando las condiciones de vida diaria representan para los hombres relaciones claras y racionales entre sí y respecto a la naturaleza, la religión se extinguirá progresivamente dando paso al ateísmo, que "no es una premisa ni un fin en sí mismo; es una conclusión científica y un medio para afirmar la conciencia socialista de los trabajadores y el pueblo. Las masas, en las condiciones que se crean en la nueva sociedad, al recibir la información científica necesaria, llegarán a la misma conclusión" (XI,98).

La cuestión religiosa no es sólo un problema de orden filosófico acerca del origen, esencia y papel de la religión, sino también una cuestión práctica a ser dilucidada por el Estado y el Partido. Aquí también asoma el conservadurismo del comunismo cubano. Según la *Tesis* la experiencia de más de medio siglo de poder socialista en la Unión Soviética así como la experiencia de otros países socialistas, incluida Cuba, han mostrado de manera irrefutable la total mentira de las acusaciones que se han agitado contra los comunistas de ser enemigos del derecho de los ciudadanos a profesar sus creencias religiosas. En efecto, todos los países que han "establecido el Poder Socialista han consa-

grado la libertad de conciencia, han separado la Iglesia del Estado, la escuela de la Iglesia y han garantizado el derecho de los ciudadanos a profesar la religión de su preferencia y a practicar el culto, sin otras limitaciones que el respeto al orden público, a la ley, igual para todos, y a las normas de la moral socialista" (I,4). Ya nos referimos más en detalle en la próxima sección a cómo enfoca el Partido Comunista la cuestión religiosa en Cuba. Por ahora nos interesa destacar, por un lado, la reivindicación sin beneficio de inventario de la práctica de la Unión Soviética en materia religiosa, campo en el cual se han cometido y siguen cometiendo el mismo tipo de abusos que los denunciados en su momento por N. Kruschev y ahora por otros partidos comunistas más independientes de Moscú; y por el otro, que estas afirmaciones descansan en una distinción absolutamente central en relación al modo como se vincula la religión al Estado y al Partido.

"Si bien el Partido considera que con relación al Estado Socialista la religión es un asunto privado, una cuestión del derecho de los ciudadanos; para el Partido, cuyo fundamento filosófico es el materialismo dialéctico y el materialismo histórico, la religión no es un asunto privado, pues entre sus deberes está el actuar de modo que las masas gradualmente, en el curso de la lucha activa por la nueva sociedad, se liberen de las creencias religiosas" (I,14). A esta distinción se superpone el reconocimiento de que la cuestión religiosa comprende dos aspectos: "de una parte, se trata de las relaciones con las iglesias u organizaciones formadas en torno a determinados dogmas, liturgia o culto y, en un sentido más amplio, de las relaciones con los ciudadanos que profesan esas religiones o creencias religiosas". "De otra parte, se trata de la actitud ante la religión como ideología" "o sistema de dogmas que integran una concepción del mundo y de la sociedad - concepción anti-científica y, por tanto, falsa" (II,15,16,19).

En relación a cada uno de estos aspectos tanto el Estado como el Partido toman posiciones propias sobre la base de que lo que es privado en el primer caso no lo es en el segundo. La larga lista de "derechos" religiosos reconocidos a los ciudadanos por los Estados Socialistas expresa la posición del Partido respecto del primer aspecto de la cuestión religiosa. En cambio, "con relación al segundo aspecto de la cuestión religiosa... la política del Partido descansa en el presupuesto de que la lucha por una conciencia científica, materialista y libre de prejuicios y de supersticiones, está subordinada a la batalla por la construcción de la nueva sociedad... en la que han participado, participan e indispensablemente deben participar creyentes y no creyentes, religiosos y ateos" (II,19). Como se advierte, y de acuerdo a los principios filosóficos ya expuestos, se subordina el combate ideológico contra la religión (la liberación espiritual) a la construcción de la nueva sociedad (la liberación material), tarea "objetiva" en la que pueden participar incluso los creyentes, para lo cual es indispensable conferirles provisoriamente un cierto espacio en la sociedad hasta que la transformación llegue a su término. Nótese bien que subordinar no significa acallar o suspender, sino simplemente graduar la lucha de acuerdo a las circunstancias y a las necesidades emergentes de la unidad de acción revolucionaria.

Muchos cristianos reaccionan airadamente contra sus Pastores cuando éstos les recuerdan las razones por las cuales el marxismo y la fe cristiana son incompatibles. Es reconfortante comprobar, a través de un documento oficial del Partido Comunista de Cuba, que la lectura que los Obispos realizan del materialismo dialéctico y el materialismo histórico no deforma su contenido, puesto que los lleva a sacar conclusiones similares a las de sus propugnadores.

No es del caso realizar aquí una crítica pormenorizada de las principales tesis filosóficas del marxismo-leninismo en materia religiosa. Como éstas son ya muy viejas, y están irremediablemente marcadas por el desprestigiado positivismo del siglo XIX, basta recurrir a una buena exposición sobre el tema para encontrar los principales argumentos que la refutan³. Sí, en cambio, conviene resaltar el carácter dogmático y conservador de los principios teóricos y prácticos expuestos en esta *Tesis*, que debieran despejar las dudas que aún algunos conservan sobre la compatibilidad teórica entre el marxismo y la fe cristiana, y hacer revisar las concepciones que atribuyen una pretendida primacía a la praxis revolucionaria. Como lo demuestra este documento se trata a lo sumo de una prioridad estratégica que encuentra su fundamento en un análisis teórico.

II. La cuestión religiosa en Cuba

Para comprender la lógica que preside a la acción del Partido Comunista en Cuba hay que referirse ineludiblemente a las distinciones ya mencionadas acerca del aspecto institucional y personal de la religión y de su aspecto ideológico, como así también de su carácter privado en relación con el Estado y no privado en relación con el Partido.

A primera vista el marco jurídico ofrecido a los creyentes por el Estado no les es desfavorable. En efecto, se sostiene la "libertad de conciencia, o sea, derecho de los ciudadanos a profesar cualquier religión o creencia religiosa, o no profesar ninguna y a mantener sus convicciones materialistas y ateas" (II,18,a); el "derecho de los creyentes a practicar el culto de su religión dentro del respeto a la ley, a la salud de los ciudadanos y a las normas de moral socialista" (II,18,b); "consideración igual con respecto a todas las religiones y creencias religiosas. En consecuencia: ni religión oficial, ni religión del Estado; ni religión privilegiada ni creencia religiosa perseguida" (II,18,c); "el ciudadano con creencias religiosas tiene, en relación con el Estado, los mismos derechos y los mismos deberes que los ciudadanos que no tienen ninguna creencia religiosa" (II,18,h).

Una lectura atenta, sin embargo, descubre que aún esta enunciación aparentemente generosa encubre una sistemática discriminación contra los creyentes. Al ciudadano se le reconoce el derecho a profesar una religión o a no profesar ninguna, pero mientras "cada ciudadano tiene derecho a sostener y difundir sus convicciones materialistas ateas" (II,18,f) no se le reconoce un derecho equivalente a los creyentes. El derecho a practicar el culto, expresión típica de la pretensión de encerrar la actividad religiosa en los estrechos límites de la sacristía, queda subordinado a las normas de moral socialista, es decir a un conjunto de creencias a las que se acuerda obviamente la primacía. La consideración igual con respecto a todas las religiones no brota de una concepción laica, ideológicamente neutral y respetuosa del Estado, sino que traduce el criterio positivista de Martí que iguala a todas las religiones en un común desdén, y el criterio marxista-leninista que las ubica a todas en el reino del error y de la mentira. La equidistancia con respecto a las religiones no expresa un principio de igualdad en relación a las concepciones últimas del hombre, el

³ Para una exposición actual ver Gregorio Rodríguez de Yurre. *El marxismo*. Exposición y crítica. Biblioteca de Autores Cristianos, 2 tomos, Madrid, 19 especialmente Tomo II. pp. 46-93.

mundo y la sociedad, sino la adopción de una cosmovisión "científica"⁴ que se opone inconciliablemente a todas las religiones como el materialismo al idealismo. Por eso no es verdad que los ciudadanos creyentes tengan los mismos derechos en relación con el Estado que los que no lo son, desde el momento en que se postula que "la educación es científica y la Escuela es laica" (II) y que "el Partido considera indispensable que la enseñanza que se imparta sea estrictamente científica y laica, basada en la concepción marxista-leninista sobre la educación comunista de las nuevas generaciones" (III,40).

Para analizar convenientemente las discriminaciones que afectan a los creyentes en Cuba hay que centrar la atención en lo que ocurre con el Partido Comunista, pues es bien sabido que en los países socialistas el Estado está subordinado al Partido y que la primera figura política en importancia es el secretario general del Partido y no el jefe del Estado. El caso de Fífel Castro en Cuba es obvio. El reciente cambio constitucional operado en la Unión Soviética, por el cual ambos cargos serán ocupados en adelante por la misma persona, no hace más que consagrar un hecho por todos conocido. El poder político real reside sin lugar a dudas en el Partido.

Ahora bien, ¿cuál es la actitud del Partido en relación a la religión y los creyentes? Con respecto al primer punto "el Partido se esfuerza sistemática y pacientemente por difundir entre las masas las concepciones científicas del materialismo dialéctico e histórico sobre la naturaleza, la sociedad y el pensamiento; y por liberar a las masas de los dogmas y supersticiones religiosas y de los prejuicios por éstas engendrados" (III,21). El Partido no sólo se reconoce militantemente favorable a una ideología determinada —el materialismo dialéctico e histórico— sino también militantemente opuesto a toda religión. En momentos en que quien adopta una posición anticomunista es inmediatamente calificado de reaccionario y oscurantista, es útil comprobar que aquellos que adoptan oficial y públicamente una posición combativamente antirreligiosa no parecen merecer los mismos reproches.

"El Partido lucha por forjar una concepción social materialista, científica, pero no promueve ni alienta campañas antirreligiosas ni aconseja me-

⁴Los siguientes pasajes dejan translucir con total transparencia el carácter dogmático que reviste en un Estado socialista la adopción del marxismo-leninismo:

"El marxismo-leninismo constituye la concepción científica del mundo, la naturaleza, la sociedad y el pensamiento; la teoría revolucionaria y la ideología científica de la clase obrera. Con la aparición del marxismo surge la primera y única ideología consecuentemente revolucionaria y científica en la historia de la sociedad".

"El conocimiento científico del desarrollo social sólo es posible ante la presencia de una clase materialmente interesada en descubrir las leyes que lo rigen y la dirección del mismo, por no estar sus intereses en contradicción con el desarrollo histórico, sino en plena concordancia con él... Sólo cuando esta comunidad de intereses tiene lugar aparecen en la sociedad la coincidencia entre ciencia e ideología y puede hablarse de la existencia de una ideología científica.

Esta comunidad se da en la clase obrera... El marxismo-leninismo es la síntesis teórica de esta necesidad histórica y por ello, no sólo constituye la ciencia general de la sociedad, sino que es a la vez la ideología de la clase obrera".

"El Partido Comunista puede dirigir a la clase obrera y sus aliados en la lucha por el derrocamiento del poder del capital y en la construcción de sociedad comunista porque sus actividades se basan en el conocimiento científico de las leyes del desarrollo histórico ofrecida por el marxismo-leninismo como experiencia generalizada de dicho desarrollo y en especial de la lucha de la clase obrera.

El marxismo-leninismo... por constituir la única y verdadera ciencia social general y política, exige como necesidad insoslayable un estudio profundo y sistemático".

Tesis y Resoluciones, "Sobre los estudios del marxismo-leninismo en nuestro país", pp. 261-262.

didadas coercitivas ni administrativas contra la religión" (III,31). En varios pasajes se invita a los miembros y organismos del Partido a "no herir los sentimientos religiosos de los creyentes" (III,22), y se les advierte que "este trabajo debe estar libre de "campanismos" o espíritu de cruzada" (I) porque "no es tarea de un día en que los resultados deban verse de hoy para mañana; es tarea paciente y cuidadosa de años por venir" (III,22). La lucha antirreligiosa debe ser encarada con sutileza y a largo plazo, subordinándola a la acción revolucionaria destinada a "eliminar las raíces sociales de la religión" (III,23). "Debe primar el criterio de que al promover la misión combativa de los trabajadores contra los enemigos de clase y llevar a cabo las realizaciones que cambian radicalmente las condiciones materiales del pueblo liberado del yugo de imperialistas, burgueses y latifundistas, se contribuye decisivamente a eliminar el caldo nutritivo principal de la religión. Complementado esto con la enseñanza científica y honrada que pidió Martí, traerá el éxito de la concepción científica materialista" (III,30). Este conjunto de recomendaciones expresa nítidamente la confianza con que el Partido, seguro de su absoluto control de la sociedad, acomete la tarea de "difundir la verdad científica y revolucionaria que con las nuevas condiciones sociales creadas por la Revolución, libera al hombre material y espiritualmente" (III,24). Penetrado del optimismo marxista, piensa que el tiempo corre a su favor. Una vez destruidas sus bases sociales y cortadas sus posibilidades de difusión, la religión entra en un proceso de extinción y de muerte que medidas persecutorias de carácter administrativo sólo contribuirían a demorar. El objetivo es asfixiar a la religión, transformándola en una supervivencia del pasado.

Trabajar con la mira puesta en el futuro obliga a conquistar el corazón y la mente de los jóvenes. Conciente de que "el trabajo ideológico organizado de la Iglesia se dirige en especial hacia la juventud estudiantil y la niñez en primer lugar" (V,65), y que esta "situación reclama la preparación correspondiente de nuestra juventud de modo que se pertreche profunda y adecuadamente en lo político e ideológico para la respuesta" (V,66), el Partido pone a todo el sistema educativo al servicio exclusivo de la concepción marxista-leninista. En efecto, "el Partido considera indispensable que la enseñanza que se imparta sea estrictamente científica y laica, basada en la concepción marxista-leninista sobre la educación comunista de las nuevas generaciones" (III,40), enseñanza que ha de estar "enteramente libre de concepciones o puntos de vista extraños a la ciencia, tanto en la exposición como en la explicación de los hechos y fenómenos naturales y sociales" (III,42).

La claridad de estos enunciados exime de mayores comentarios, aunque ponen de manifiesto una vez más las consecuencias totalitarias que se derivan de atribuir todo el poder a una parte solamente de la sociedad. La educación puesta al servicio de una doctrina se transforma en un proceso de adoctrinamiento que no respeta esa pretendida libertad de conciencia que se decía reconocer a los ciudadanos, ya que tanto a los docentes como a los alumnos creyentes se les impone enseñar y aprender una concepción de la existencia inconciliable con la fe que profesan, vulnerando de este modo el principio de libertad religiosa según el cual nadie puede ser coaccionado a obrar contra su conciencia⁵.

⁵ "Esta libertad consiste en que todos los hombres deben estar inmunes de coacción tanto por parte de personas particulares como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y ello de tal manera, que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia ni se le impida que actúe conforme a ella en privado y en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites debidos". *Dignitatis humanae*, n. 2.

Quizás en ningún campo la discriminación contra los creyentes sea tan abierta y reconocida como en el caso del acceso al poder. Hemos visto ya que los países socialistas estructuran el poder político en un doble nivel, el Estado y el Partido, y que aquél se halla efectivamente subordinado a éste. Pues bien, el Partido Comunista de Cuba afirma que “en las organizaciones de masas... se admiten con iguales derechos y obligaciones a los creyentes y a los no creyentes” (III,34), y que se debe proceder del mismo modo “al nominar a los candidatos a los órganos del Poder Popular” (III,35), pero “en cuanto al Partido y a la Unión de Jóvenes Comunistas, éstos se reservan el derecho de exigir que los que ingresen en sus filas tengan una formación político-ideológica plenamente concordante con los fundamentos teóricos, dialéctico-materialistas, en que se asientan su programa y su doctrina” (III,39) y “en consecuencia, el Partido y la Unión de Jóvenes Comunistas —que tiene entre sus funciones la de preparar a los jóvenes para su ingreso en el Partido— no admiten en su seno a los que no comparten plenamente y sin reservas su doctrina marxista-leninista y su ideología científica y materialista” (III,39).

Este principio de coherencia en la militancia política entre la teoría y la práctica, tan resistido hoy por cristianos empeñados en atribuir una pretendida primacía a la ortopraxis, nos parece impecable. En una sociedad pluralista donde se reconoce el derecho de asociación nada es tan natural como que las agrupaciones voluntarias determinen libremente los requisitos exigibles para pertenecer a ellas. Así como la Iglesia exige la profesión de fe para ser admitido en su seno, es razonable pensar que un partido comunista requiera una adhesión sin reservas a la doctrina marxista-leninista. Y si esta es incompatible con la creencia religiosa, nos parece normal que no se admita en su seno a los creyentes.

En lo que no estamos de acuerdo es en que “esta exigencia no supone menoscabo para nadie ni privilegios para la organización” (III,37), y que pertenecer al Partido no significa el disfrute de derechos especiales” (III,37) en un país socialista como Cuba donde un único Partido, el comunista, se arroga el monopolio del poder y la verdad. Afirmar lo contrario puede servir como acto de propaganda, pero de ningún modo disimula la hipocresía de pretender que la militancia en el Partido sólo “implica sacrificio, abnegación, disciplina consciente y disposición plena de servicio a la clase obrera y al pueblo” (III,38). En un país socialista quien pertenece al Partido forma parte de la “nueva clase” que disfruta de una serie de privilegios reservados a los miembros de la organización, y quien está excluido del acceso al Partido es un ciudadano de segunda categoría, como lo pueden atestiguar los católicos que en la isla profesan abiertamente su fe.

La actitud del Partido en relación con la Iglesia Católica en Cuba es analizada en la *Tesis* a partir de una perspectiva histórica y a la luz de los cambios operados con posterioridad a la Revolución. Afirma que “al triunfar la Revolución, los reaccionarios de la Iglesia Católica movilizaron a ésta contra el proceso revolucionario” (IV,43). “Como resultado del enfrentamiento a la Revolución, la Iglesia Católica, afincada entonces en la burguesía, pero sin arraigo en las masas trabajadoras y gente más pobre, sufrió una derrota total en el orden político. Los jefes católicos quedaron desenmascarados y totalmente aislados” (IV,46). La denuncia de la jerarquía de la Iglesia, contrapuesta a los “creyentes honestos” (IV,47), es una constante: “La Revolución esclareció el contenido fundamental de la lucha que se llevaba a cabo por la jerarquía católica de entonces” (IV,44), “respondió con energía a los ataques contrarrevolucionarios promovidos por los altos jefes católicos” (IV,45).

“Históricamente la jerarquía católica se había destacado como servidora de los opresores de Cuba, primero del colonialismo español, y después del neocolonialismo imperialista yanqui” (IV,47). Separar a los fieles de los pastores siempre ha sido el programa adoptado por quienes buscan debilitar a la Iglesia.

Los cambios operados a partir de 1959 han hecho que la influencia de la Iglesia en las masas trabajadoras, que antes era débil, sea hoy aún menor. “Hoy día son menos los ciudadanos que asisten a los oficios religiosos, los que efectúan matrimonios religiosos y bautizos” (IV,48). Estos cambios, unidos a los que se han operado en la situación internacional, se manifiestan “en un proceso de cambio en la actitud de la jerarquía y el clero. Se ha pasado de las pastorales de anticomunismo agresivo a los comunicados en que se acepta el hecho revolucionario” (V,58).

Entre las nuevas actitudes de la Iglesia el Partido señala el acercamiento formal a los objetivos de construcción económica y social, y “el propósito de establecer el llamado diálogo con el Gobierno Revolucionario y hasta con el Partido” (V,59). Mientras se saludan como positivos los pasos dados en la primera dirección, hay una marcada reticencia en aceptar el diálogo. “La precisión acerca del diálogo con los no creyentes, procedente del secretario especial del Vaticano para tales asuntos, indica que aunque el diálogo no persigue necesariamente el propósito de incorporar nuevos fieles a la Iglesia, cumple el objetivo de hacer propaganda y divulgar la ideología religiosa, así como fortalecer en los cristianos que lo practican, su propia profesión de fe” (V,62). Texto curioso y revelador a la vez. Curioso porque demuestra el temor de que la confrontación de ideas tenga como resultado el fortalecimiento de la fe de los cristianos y no el triunfo indiscutido de la “concepción científica materialista”; revelador porque demuestra el temor ante cualquier forma de divulgación del mensaje religioso, aun cuando las raíces sociales que lo nutren han sido teóricamente destruidas. Los que desgarran sus vestiduras proclamando las virtudes del diálogo en los países libres de Occidente, son los mismos que cuando llegan al poder consideran que “en lo que respecta al titulado diálogo, en nuestras condiciones, no puede pasar más allá de lo que exige la legalidad socialista que separa la Iglesia del Estado, y la defensa de la pureza de nuestras concepciones materialistas” (V,63). Lo que se le pide a los católicos, en otras palabras, es que trabajen pero sin abrir la boca: “la forma superior del diálogo es la que resultaría de la convicción por parte de los creyentes, de que sus creencias no deben ser obstáculo a la lucha conjunta con los marxistas” (V,64). Hay sin duda un cierto cinismo en pretender que el silencio es la forma superior del diálogo.

III. *La cuestión religiosa en la perspectiva internacional*

El análisis de la realidad contemporánea está permeado por un optimismo triunfalista bastante común en los documentos marxistas. El fresco que se pinta es un gran claroscuro donde las ruinas se acumulan de un lado y el progreso incontenible del otro. “Una profunda e irremediable crisis sacude en la actualidad los cimientos mismos de la Iglesia” (V,50). Los “factores decisivos en el surgimiento de esta situación son, de un lado, el carácter mismo de la época histórica en la que destaca el radical cambio en la correlación de fuerzas entre el capitalismo y el socialismo a favor de este último, el desmoronamiento progresivo del sistema colonial y la elevación de la lucha de los pueblos por su plena liberación política, económica y social; y, de otro lado, la revolución científico-técnica que está tendiendo lugar” (V,51). Con respecto al primer punto se señala

“la agudización extrema, sin precedentes, de la crisis general del capitalismo imperialista y de las contradicciones que le son inherentes” (V,52), frente al cual, “y como ejemplo inocultable de fuerza de las victoriosas ideas del marxismo-leninismo, se alza el ejemplo de los países de la comunidad mundial socialista, que avanza sin crisis en todos los órdenes y que, con su potencial, han hecho del socialismo y del comunismo una realidad irreversible y en incontenible crecimiento” (V,53). A esto hay que agregar que el desarrollo de la ciencia y la técnica “marca cada día victorias del genio humano que reducen a polvo tradicionales conceptos teológicos y sitúan la ideología religiosa en encrucijada de continuo deterioro y a la defensiva” (V,54).

Como se advierte, el análisis descansa en cuatro afirmaciones escasamente originales pero con poco asidero en la realidad. De la Iglesia, una institución bimilenaria que ciertamente atravesó períodos más críticos que el presente y sobrevivió a sus principales enemigos, no se titubea en decir que atraviesa una crisis “irremediable”. Es lógico que los autores de la *Tesis*, cerrados a la comprensión del fenómeno religioso, sean incapaces de percibir en la Iglesia Católica más que una institución caduca “que usa su casi bimilenaria experiencia de adaptación para acomodarse en lo posible a las circunstancias, sin renunciar totalmente a la fidelidad de clase a que la empuja su propia condición de potencia financiera” (V,55), una institución que “se orienta ahora, en lo fundamental, a conservar lo que aún no ha perdido y a supervivir en las condiciones actuales” (V,57). Pero las conclusiones que se obtienen de premisas falsas son tan falsas como éstas, y a juzgar por lo ocurrido en el pasado es probable que durante muchas décadas se siga anunciando la “irremediabilidad” de la crisis de la Iglesia Católica sin que los hechos confirmen los anuncios.

Las afirmaciones referentes al capitalismo y al socialismo merecen observaciones similares, aunque se sitúan en un orden claramente diferente del religioso. Desde hace un siglo los marxistas vienen profetizando el derrumbe inminente del capitalismo sin que éste se materialice. Pero aún en el caso de que se produjera, la Iglesia no se vería arrastrada en su caída, porque si bien se encarna en diferentes formas de organización social, no está ligada a ningún sistema económico, político o social. Un poco de cultura histórica haría ver esto con toda claridad. El juicio de que la comunidad mundial socialista avanza sin crisis en todos los órdenes podrá tener valor de propaganda en Cuba, donde la restricción total a la libertad de información impide a sus ciudadanos tomar conocimiento de la verdad⁶. Para los que no estamos sometidos a dichas limitaciones, se trata de una evidente exageración, ya que las dificultades que atraviesan los países socialistas en el campo ideológico, económico y cultural, por no citar más que algunos, son por todos conocidas. No vamos a caer, sin embargo, en el error de minimizar el carácter expansivo de las ideas marxista-leninistas, frecuentemente acompañado del uso de la fuerza, y mucho menos de predecir el pronto colapso de los regímenes socialistas. Estos plantean a la Iglesia y a los creyentes difíciles condiciones de vida, pero como lo reconoce la

⁶ He aquí una muestra de cómo concibe el Partido la libertad de información: “El Congreso concede de igual forma una vital importancia a la publicación de las noticias del acontecer mundial... El extraordinario volumen de información de este carácter que accede diariamente a los colectivos de dirección y a las redacciones especializadas de los órganos de difusión masiva, y la procedencia en su mayor parte de fuentes imperialistas, determina que la selección o presentación de estas informaciones constituya simultáneamente, un problema de carácter técnico-organizativo y de decisión política. De ahí que el Congreso considere como una cuestión de principio el que esta labor se realice con un criterio clasista, a partir de una interpretación marxista-leninista del proceso histórico y de la política exterior del Partido y de nuestro Estado Socialista”. *Tesis y Resoluciones*, “Sobre los medios de difusión” masiva”, p. 361.

misma *Tesis*, la Iglesia posee una amplia experiencia en el manejo de estas situaciones. Y así como su supervivencia no está determinada por el mantenimiento del capitalismo, el triunfo eventual del socialismo no implicaría su ocaso.

En cuanto a que la ciencia reduce a polvo tradicionales conceptos teológicos, se trata de una opinión de sabor comteano que podrá ser válida en algunos casos pero que de ningún modo puede generalizarse. Si el Partido Comunista de Cuba adhiere al positivismo y cree que no hay más verdad que la revelada por la ciencia, es posible pronosticar a mediano y largo plazo un futuro promisorio a la fe cristiana. Porque la falta de libertad puede ahogar por un tiempo la difusión de las ideas, pero cuando éstas responden a la sed inextinguible de verdad que existe en el hombre, no hay barrera que pueda impedir su difusión. Y todo induce a pensar que la "concepción científica materialista" es y será incapaz de saciar a esa sed, y que por ese motivo rehuye el diálogo y no tolera la libre propagación del mensaje cristiano.

Un capítulo particularmente interesante de esta *Tesis* es el que trata la estrategia a desarrollar con los católicos latinoamericanos, derivada de "las responsabilidades de nuestra Revolución con el resto del movimiento revolucionario y su especial significación para la América Latina que aporta más de la tercera parte de la membresía católica mundial y donde el catolicismo cuenta con una gran penetración e influye efectivamente en las capas sociales más humildes" (VI,67). La Iglesia Católica de América Latina interesa por su peso relativo en la iglesia universal y por la influencia que tiene en los sectores más pobres de la sociedad, a diferencia de lo que ocurría en Cuba.

Ahora bien, "es notoria y frecuente la aparición de grupos cristianos (católicos) y de clérigos en diversos países de nuestra América, que se incorporan a las luchas revolucionarias o que las favorecen desde posiciones que estiman compatibles con su fe religiosa. Grupos como los denominados "cristianos por el socialismo", "sacerdotes tercermundistas", "sacerdotes por el pueblo", etc., constituyen fuerzas que no obstante las confusiones que pueden expresarse en sus plataformas programáticas y tácticas, no pueden subestimarse en la lucha contra el imperialismo, por la liberación nacional y social. Lo mismo puede decirse de las agrupaciones políticas de izquierda cristiana que se conciertan con los partidos comunistas y obreros y movimientos revolucionarios y progresistas de América Latina", mencionándose como "ejemplos de tales actuaciones de laicos y curas católicos a los de Brasil, Perú, Bolivia, Argentina, México, Uruguay, Chile, Venezuela, Colombia, Costa Rica, y otros países" (VI,68). Este párrafo marca el reconocimiento, por parte del Partido, de un hecho objetivo que no quiere desconocer, aunque se expresen ciertas reservas respecto a la compatibilidad de la posición revolucionaria con la fe religiosa, y a las confusiones programáticas⁷. A renglón seguido se pone como símbolo de la realidad que se describe "el ejemplo de Camilo Torres, entregando su vida en combate por la causa popular" y se afirma que las posi-

⁷ Observaciones similares hace la *Tesis* en relación con las iglesias protestantes. "En las mismas se destacan dirigentes religiosos identificados públicamente con la Revolución y la política interior y exterior del Gobierno Revolucionario y que contribuyen con su ejemplo, con sus escritos y sus intervenciones a la radicalización de las respectivas iglesias e impulsan las de filiales o similares, sobre todo en América Latina; suelen concurrir a asambleas y congresos internacionales (Consejo Mundial de Iglesias y Organizaciones Regionales del Evangelismo Latinoamericano) en los que no sólo exponen y propagan los éxitos de la edificación socialista en nuestro país, sino que proponen, y logran a menudo, la adopción de resoluciones en favor de los pueblos que luchan por su liberación, de condena de los regímenes racistas, neofascistas y tiránicos, contra el colonialismo, etc." (VII, 80). "El Partido aprecia como positiva la acción de estos dirigentes eclesiásticos, algunos de con personalidad continental". (VII, 81).

ciones de Camilo Torres que "valoró altamente la Gran Revolución Socialista de Octubre y promovió constantemente la unidad de marxistas y cristianos revolucionarios" - "ha generado una corriente, pequeña pero influyente, dentro del clero latinoamericano cuya importancia no se puede desconocer" (VI, 69).

¿Qué actitud tomar frente a estos grupos y movimientos, que han brindado "el apoyo militante, abnegado y entusiasta a la Revolución Cubana" (VI,70)? "El Partido de la clase obrera, por principio, no puede dejar de ofrecer su apoyo a la lucha de los sectores cristianos avanzados y renovadores" (VI,71), porque en el orden internacional la indicación leninista acerca del carácter subordinado de la lucha por el ateísmo tiene la misma validez que en lo interno. Y dado que "el objetivo estratégico de la Revolución en América Latina en la hora de su segunda independencia es la expulsión del imperialismo y sus monopolios, el rescate de las riquezas y soberanía nacionales, el cambio de las obsoletas estructuras económicas y sociales y la promoción del desarrollo independiente que abra las vías a la sociedad libre de explotación del hombre por el hombre" (VI,73), y que en él "pueden coincidir —y los hechos lo confirman— todos los verdaderos patriotas y hombres honestos, sean creyentes o no" (VI,74), "nuestro Partido... mantiene... que no sólo es posible sino conveniente promover y consolidar la alianza con los sectores cristianos mencionados, proyectadas incluso hacia la construcción de la nueva sociedad verdaderamente humana" (VI,75). Lo que se propone, pues, es un frente común o alianza entre comunistas y cristianos revolucionarios para la consecución de un objetivo estratégico fijado unilateralmente por el Partido que consiste en instaurar una sociedad socialista, en la cual los creyentes advertirán, demasiado tarde, que no tienen cabida, y que deberán optar entre abjurar de su fe u ocupar una posición marginal en la sociedad. Porque las posiciones que hoy estiman compatibles con su fe religiosa impondrán entonces la férrea lógica que las preside, tal como ocurre en Cuba. Producida la Revolución podrán seguir participando en la "edificación socialista", pero en esa forma superior de diálogo que es el silencio, porque ya habrán prestado el servicio que se les requería; y además esta participación "ayudará a dichos creyentes a librarse de cualquier superstición que les estorbe a la realización de los fines verdaderamente humanos de la sociedad que construimos" (XI,96).

La Tesis sobre la religión, la Iglesia y los creyentes no es un trabajo académico sino un documento político destinado a fijar la línea oficial del Partido Comunista de Cuba en materia religiosa. Como tal constituye un valioso punto de referencia para comprender algunos de los problemas que enfrenta la Iglesia en Cuba y las razones que mueven al Partido a buscar establecer una alianza con los cristianos revolucionarios. Lamentablemente, no se nota en él conato ninguno de revisión teórica que permita esperar una mayor flexibilidad en materia de libertad religiosa; ni un mínimo relajamiento de la actitud totalitaria que consiste en proclamar como única verdad al marxismo-leninismo, y como único intérprete autorizado al propio Partido Comunista. Los cristianos interesados en establecer apresuradas síntesis doctrinales con el marxismo harían bien en leer qué piensa la otra parte antes de convertirse en ingenuos colaboradores de una estrategia que ellos no han fijado ni conducen. A partir de ahora, por lo menos, nadie podrá pretextar ignorancia acerca de los propósitos que guían a los comunistas. Elías Cardozo Pinto.